



Rubén Darío

Salomón de la Selva

Abrojos y Azul...

Valentín de Pedro

El “opulento político”, a través de la carta del salvadoreño Cañas, y de lo que a ella agregaría Poirier debió imaginarse otra cosa. Iba él a esperar a un poeta que había adquirido extraordinaria notoriedad la América Central, que contaba en su haber triunfos resonantes, como el de su oda “Al Libertador Bolívar” en San Salvador; autor de un brillante artículo necrológico sobre el ilustre chileno Vicuña Mackenna, y que venía representando a tres periódicos de su patria nicaragüense... En su mentalidad burguesa, todo ello debía traducirse en una persona de respetabilidad, social y económica, bien trajeada, con su abrigo de pieles, y lujosas y abultadas valijas. De ahí que hiciera reservar habitaciones “para el señor Darío” en uno de los mejores hoteles de la capital. Y de ahí que al ver al señor Darío que se presentaba ante sus ojos, tan distinto al que se había imaginado, se desentendiera de él, encomendándolo a secretario, para que éste viera que podía hacerse en su favor. El secretario habló a su vez con el director del diario más importante de Santiago, sobre el que proyectaba su influencia el “opulento político”; le presentó al recién llegado poeta nicaragüense, que tampoco impresionó muy favorablemente al director del periódico, quien, sin embargo, para complacer al personaje que se lo recomendaba, se avino a incorporarlo a la redacción, en un puesto sin categoría ninguna, y se alargó en su generosidad hasta ofrecerle habitación en el mismo edificio del diario, lo que le compensaría un tanto de la parvedad del sueldo. Y también encomendó a un secretario que se encargara de instalar y de poner al tanto de sus obligaciones al nuevo redactor, siendo lo primero que debía hacer, acompañarle a una sastrería donde le suministraran otro traje con que sustituir el que llevaba puesto y que no condecía con la importancia del periódico. Semejante trámite no dejaba de ser humillante, pero Rubén había de avenirse a todo en aquellos momentos.

Cuanto le conocieron entonces -escritores y periodistas-, volcaron a su hora, en las cuartillas, sus impresiones y recuerdos. Y ha tenido en Raúl Silva Castro, un cronista fiel y minucioso, que lo ha seguido casi paso a paso en todas las manifestaciones literarias y

personales de su permanencia en Chile. La lectura de su Rubén Darío a los veinte años, nos da una idea bastante exacta de lo que fue la vida del poeta desde su llegada a Valparaíso, el 24 de junio de 1886, hasta su salida del mismo puerto el 9 de febrero de 1889.

Cómo fue su entrada en La Epoca, el periódico de Santiago a cuyo personal fue incorporado, nos lo dice Samuel Ossa Borne, que se contaba entre sus redactores:

“Una noche Manuel Rodríguez Mendoza se apareció acompañado de un personaje extraño, flaco, moreno, marcadamente moreno de facciones niponas, de cabello lacio, negro, sin brillo; que vestía ropas que gritaban el recién salido de la tienda y en las que parecía sentirse cohibido; enredado para andar; amarrado para saludar, desconfiado, retraído, de escasa palabra, lenta y sin animación; pero con una gran vida en los ojos pardos, un tanto recogidos faltos de franqueza, inquisidores. Era Rubén Darío”.

Por otro de sus compañeros de redacción, sabemos que el cuarto que ocupaba en el edificio del periódico era “un poco más estrecho que esos en que se guardan los perros bravos en las haciendas”, sin que en él hubiese lugar ni para una silla. Por todo ajuar, aparte la indispensable cama, “una maleta vieja, remendada y con clavos de cobre, y un lavatorio de hierro”.

Contrastaba el ruin alojamiento del poeta con los salones del periódico, que ocupaba un local espléndido y central: “salones de estilo oriental imaginativo, con amplios divanes de rica seda y cortinajes que filtraban discretamente la luz del día”, si hemos de atenemos a lo dicho por uno de sus frecuentadores por quien sabemos también que la aparente opulencia de La Epoca no llegaba hasta los sueldos del personal secundario, dato que importa con relación a Darío, que se contaba entre ese personal y no tenía más ingresos que su sueldo.

En los suntuosos salones de La Epoca, se congregaba un mundo abigarrado y brillante, compuesto por gentes que se destacaban o aspiraban a destacarse en la política, la diplomacia, las letras o el periodismo; junto a la élite juvenil santiaguina, graves y directivos personajes. Todos con “buena posición social” o camino de ella. Más él seguía careciendo

de aquella “buena posición social” que ambicionaba, y que tanto echaría de menos en tales circunstancias.

Resultaba totalmente ajeno a la sociedad en que ahora se movía. Una sociedad muy distinta a la de su Nicaragua y su América Central, a la que sentíase ligado, de la que tenía la impresión de ser parte, por encima de su orfandad y de su pobreza. Aquella era una sociedad en la que se perpetuaban los modos de vida española de los días virreinales, con los escasos cambios traídos por los tiempos nuevos. Por el contrario, los cambios traídos por los tiempos nuevos en la sociedad chilena eran muy importantes. Como quien cambia de fisonomía. Toda aquella gente que brillaba y bullía en el mundo santiaguino, en el cual había aparecido él de pronto como un polizón, tenía los ojos fijos en Europa, y Europa era, para toda aquella gente, Francia. Y más concretamente, París. Para ella lo español estaba preterido en todos sus aspectos. En su tierra -su Nicaragua, su América Central- lo español conservaba aún una vigencia que hacía tiempo había perdido en Chile. Y si había en Centroamérica un Gaviota que se interesaba por los poetas franceses, para los chilenos no contaba otra literatura que la importada de París. En aquel medio, ¿qué podía significar la fama de que Darío venía precedido de sus países centroamericanos, ni qué aprecio podían hacer de sus versos, tan imbuidos de la tradición española y de los poetas peninsulares de entonces? El ideal de los escritores jóvenes -y viejos- que Darío conoció en Santiago, era publicar un libro en París, y si hubiese podido ser en francés, mejor.

En aquel medio tenía forzosamente que sentirse disminuido. Y por primera vez debió experimentar una pérdida de confianza en sí mismo. Lo que hasta entonces le había distinguido era una absoluta seguridad en su triunfo. El ambiente en que había surgido, tan poco exigente y rutinario, apegado a normas tradicionales, y el dominio de sus facultades, adquirido en el estudio de los clásicos y modernos españoles, en el conocimiento del idioma y las leyes de la prosodia y la gramática, le dieron un aplomo un tanto infantil, como que procedía de sus triunfos de poeta niño. Pero de pronto, al faltarle el ambiente en que se

había afianzado su confianza en sí mismo, ésta también le falta. Ello se hace más evidente si acudimos a este testimonio de lo que era su vida en la redacción de La Epoca:

“Rubén Darío llevaba en la imprenta una vida difícil. Su ingenio no encuadraba en el régimen. Necesitaba libertad, poder volar libremente. Era triste darle una orden: “Rubén, haga usted este párrafo”. El párrafo no salía. Allí se estaba un hombre amarrado, mordiendo el lápiz, ¡incomprensibles dificultades! Un dios de la pluma se mostraba incapaz de redactar el suelto más sencillo... Desgraciadamente no había benevolencia para Rubén Darío. Había crueldad. Excepto en Manuel Rodríguez y en Vicente Grez, la compasión no existía en el personal de la redacción. Todos eran crueles, y mayormente el director del diario. Y Rubén Darío no les perdía pisada, veía muy bien admirablemente; sus ojos, profundamente observadores, no desperdiciaban detalle. Después su pluma trazaba cuadros magistrales, inmortalizaba un personaje. El director de La Epoca es inmortal desde que se escribió “El rey burgués”.

Era natural que en aquel ambiente, Darío apareciese “adusto y taciturno”, que hablase poco y diera impresión de ser “tímido y orgulloso”. En el periódico tenía a su cargo la crónica de los sucesos del día, y al poco tiempo comenzó a dar en sus páginas versos y prosas con su nombre, con los que no lograba romper el hielo de la general indiferencia, ni el irónico desdén del director, -“muy bonitos sus versitos”- pese al éxito circunstancial logrado con su décima a Campoamor: “Este del cabello cano...”

El permanecer día y noche en el periódico, pasando del tabuco que le servía de dormitorio, a la redacción, o más concretamente a su mesa de trabajo, debía resultarle insoportable, dándole la impresión de que hallaba en una cárcel, y que pasaba de la celda al taller donde cumplía una condena de trabajos forzados. Por lo menos no viviendo allí sentiría en menor grado su condición de preso. Y así, en cuanto pudo, aún a trueque de tener que luchar con mayores dificultades económicas, se trasladó a una casa de pensión. Aquello era, en cierto modo, la libertad. Y en libertad podía entregarse a esa doble vida en la que se confundían para él las fronteras de la realidad y el sueño. *Continuará...*